

Colección Ariel

LA LITERATURA POSTERIOR A LA GUERRA

SE me pregunta si creo en el advenimiento de una "literatura de la guerra", de una literatura en que la guerra encuentre su expresión. Se me pide además que manifieste mi idea del sentido en que ha de producirse la evolución literaria después de los acontecimientos que parecen remover el eje del mundo. He de separar, ante todo, esta última inquisición. Concedo escasa fe a los augurios en materia histórica, ya se trate de historia literaria o política. Téngolos por necesariamente falsos, a lo menos cuando se procede por vía de razonamiento, y no de intuición inspirada, como el que goza del don de profecía. El razonamiento es incapaz de dominar, en su complejidad infinita, el génesis del hecho histórico, que escapa así a cualquiera anticipación que no sea la concedida al visionario. Todo hecho, todo eslabonamiento de hechos, son cosa esencialmente nueva y única, y la experiencia del pasa-

do no puede cooperar a la previsión del porvenir en mucho mayor grado que el análisis de los sorteos puede dar luz sobre la bolilla que caerá mañana. Nadie como el gran Schopenhauer ha mostrado la radical vanidad de todo cálculo que se aplique al curso desigual y errabundo de la historia; de toda ley que quiera imponerse en ella a título de inducción y la sonrisa helada del genial misántropo se ilumina en mi espíritu siempre que veo renovarse el empeño de arrebatar, con los medios de la lógica, el secreto del futuro.

Pero es indudable que la dificultad puede ser menor cuando el propósito se limita a una previsión no afirmativa, sino negativa: no a definir aquello que ha de ser, sino simplemente a eliminar algo de lo que no ha de ser.

Los que esperan, o temen, una literatura de penacho heroico, patriótica en el tono guerrero, narradora y soñadora de batallas, es probable que acierten en cuanto a la inmediata y transitoria repercusión que esta tremenda realidad que presenciamos tendrá en el despertar de la imaginación humana; pero es casi seguro que se equivoquen, si entienden

que ése puede ser el carácter duradero de la evolución literaria en que verdaderamente trascenderá la obra social y espiritual de la guerra. Asistiremos a una explosión estruendosa y fulgurante de lirismo marcial y de las narraciones épicas, de pasión y orgullo de patria y de alardes de fuerza y poder; pero nada de ello brotará de las hondas entrañas de la conciencia social, donde se preparan aquellas direcciones ideales capaces de prevalecer por largo tiempo y de marcar huella en el mundo. Será, por decirlo así, el "acto reflejo" con que la imaginación fascinada responderá a la primera impresión de la victoria. Pero el gran impulso de renovación literaria que infaliblemente ha de sobrevenir, llegará más bien como reacción que como desenvolvimiento de esa fugaz literatura guerrera.

En los albores del siglo pasado todo era guerra en el mundo, y milagros heroicos, e inauditos ejemplos de la transformadora fuerza de las armas, y las generaciones que abrían los ojos a la luz recogían de la viva realidad imágenes más portentosamente épicas que las que podían ofrecerles la ficción ni la historia.

Una literatura caduca y exánime prolongaba ficticiamente sus moldes, mientras la atención humana se concentraba, toda entera, en aquella maravillosa realidad. Todo anunciaba que la transformación literaria había de ser tan vasta y profunda como la transformación social y política. Y del ambiente predisposto por el glorioso cuarto de siglo de la Revolución y de las guerras napoleónicas nació, realmente, una de las más radicales transformaciones literarias de que haya ejemplo en la historia de la humanidad; pero esa transformación fué el romanticismo, literatura nada heroica ni triunfal, más íntima que colectiva, más inclinada al recogimiento melancólico que al estrépito de las batallas, aunque demasiado complexa para que pueda negársele, sin relativa inexactitud, ninguna de las cuerdas de la lira. De aquellas generaciones infantiles cuyo deslumbamiento ante la gloria de las armas y las pompas de la apoteosis imperial pintó tan animadamente Alfredo de Musset en las primeras páginas de la "Confesión de un hijo del siglo" salieron, pocos años más tarde, los nostálgicos soñadores, los heridos del amor trágico, los

atormentados del tedio y de la duda, para quienes el espectáculo del mundo exterior era apenas un episodio subordinado al drama de la propia conciencia. En el temperamento épico de Víctor Hugo halló la leyenda napoleónica colores y armonías que la glorificasen, pero esta rama de lirismo rememorador de victorias queda confundida y dominada en la frondosidad del más espeso roble de poesía que hayan contemplado los siglos.

La gloria de la guerra, como motivo de interés humano que trascienda en el arte, es cosa superficial, efímera, y para decirlo en una sola palabra, "infantil." Me refiero al arte de los tiempos de civilización madura y complexa. El mismo sentimiento de grandeza nacional, de ostentación de imperio, de predominio y expansión de una raza encumbrada por la victoria, es escaso y precario como fondo de una literatura. Lo más frecuente es que apenas la voluntad heroica de un pueblo ha alcanzado para él la más alta cima de la fortuna y del poder, el pensamiento de ese pueblo, movido por el dejo amargo de toda aspiración satisfecha, tome el declive de pesimismo que lleva a considerar, por abajo de las glo-

rias del mundo, la irreparable miseria del destino humano. Son, por el contrario, las razas humilladas, los pueblos en secular esclavitud o abatimiento, pero que mantienen dispierta la conciencia de su ser colectivo, los que encuentran fuentes de honda y persistente poesía en el sueño de gloria nacional, que entonces se levanta sobre ellos con la idealidad de todas las Tierras Prometidas.

La relación entre el carácter social y el literario se establece a menudo en forma que lo que este último interpreta es el anhelo, acaso inconsciente, del primero, de ser lo que no es, de adquirir lo que le falta, de romper los límites del hábito y las imposiciones del ambiente. La vida de la imaginación es el desquite de la vida real. Por la imaginación pacífica tenderán los pueblos a quitarse el sabor de la guerra. Pasa colectivamente como en lo que se refiere al carácter que cada autor infunde en sus escritos: la parte de personalidad puesta en transparencia por la obra no es siempre la misma que el hombre manifiesta en la sociedad y en la acción, sino, con mayor frecuencia, otra más íntima, tal vez contradictoria con aquélla y que busca el re-

gazo de la fantasía para tregua y olvido de la realidad. Los poetas-soldados del Renacimiento componían églogas e idilios. Molière y Moratín reían poco, y tenían poco de que reír en el escenario del mundo.

La guerra traerá la renovación del ideal literario, pero no para expresarse a sí misma, por lo menos en son de gloria y de soberbia. La traerá porque la profunda conmoción con que tenderá a modificar las formas sociales, las instituciones políticas, las leyes de la sociedad internacional, es forzoso que repercute en la vida del espíritu, provocando, con nuevos estados de conciencia, nuevos caracteres de expresión. La traerá porque nada de tal manera extraordinario, gigantesco y terrible, puede pasar en vano para la imaginación y la sensibilidad de los hombres; pero lo verdaderamente fecundo en la sugestión de tanta grandeza, lo capaz de morder en el centro de los corazones, donde espera el genio dormido, no estará en el resplandor de las victorias, ni en el ondear de las banderas, ni en la aureola de los héroes, sino, más bien, en la pavorosa herencia de culpa, de devastación y de miseria: en

la austera majestad del dolor humano, levantándose por encima de las ficciones de la gloria, y proponiendo, con doble imperio, al pensamiento angustiado, los enigmas de nuestro destino, en los que toda poesía tiene su raíz.

JOSE ENRIQUE RODO.

(LA NOTA. Buenos Aires.)

Nada hay más repulsivo que ver a gentes agitarse en favor de una rectitud general abstracta, cuando no se atreven a alzar los brazos contra la maldad concreta.

T. ROOSEVELT.

Suele suceder que "sal y pimienta" resultan frecuentemente excesivas, imprecisas, y que el propósito irónico no pasa de intento frustrado. Tanto la ironía como el humorismo son terrenos literarios donde es fácil resbalar. Quien intente moverse en ellos, o ha de dar rienda suelta al caudal espontáneo de su espíritu, y en ese caso hay el riesgo de descubrir el contenido mental, o ha de ser síntesis de una cultura muy varia intensa y trabada.

LA BORREGA GUACHA

LA familia continuaba aún de sobremesa cuando Julia regresó de la cocina cargada con la vajilla que, como de costumbre, había levantado en un santiamén.

—Apurate en levantar la mesa pa zurcirme en seguida la boca, el poncho grueso,—ordenó don Pablo.

—Está bien, tata,—respondió ella con su humildad habitual.

—Y hacé ligero, porque después tenés que dir al arroyo, porque ya sabés que no me gusta amontonar ropa sucia.

—Está bien, mama.

—Pero antes,—intervino Jaime,—tenés que plancharme la bombacha blanca.

—Ya tengo la plancha en el fuego.

Y las órdenes dadas, ninguno se preocupó más de la muchacha, quien, con asombrosa celeridad zurció el poncho, planchó la bombacha y, luego, echándose al hombro un gran lío de ropa, se dispuso a partir para el lavadero, mientras los otros ganaban sus camas respectivas para dormir tranquilamente la siesta.

Abrumada, más que por el peso de la carga

por el dardear feroz del sol de enero, Julia recorrió las diez cuadras que mediaban entre las casas y el lavadero.

No se le ocurrió una queja ni un reproche. Aquella desconsideración era tan antigua, que habíase acostumbrado a considerarla como algo natural, lógico y hasta de perfecta justicia.

¿Qué derecho tenía para protestar?... Tanto como los bueyes aradores o el matungo carretonero, pues, al final de cuentas, ella era, cual aquéllos, un animal doméstico, obligado a pagar con su trabajo el sustento y el albergue que le daban.

Había nacido en la chacra, hija de una "peona" que murió al darla a luz. No hubo nadie que reclamara su paternidad, ni nadie que la solicitara invocando derechos de parentesco. Doña Paula se dió la pena de criar la guacha. La calabaza que servía de biberón iba del hocico del cachorro o del cordero a los labios de la chica, sin cambiarle siquiera el trapo que hacía de tetina. Eran guachos todos. Y como todos los guachos, creció ruin, pequeña, delgaducha, fea y afeada más aun por esa humildad que obliga a hacerse lo más insignificante posible, a ocultar cuanto pudiese darle algún realce,—mimetismo moral, basado en las conveniencias de pasar inadvertido, como compensación de la carencia de armas de defensa.

Poesía una cara pequeña, fina, aborregada, y de ahí que todos la apodaran: la "Borrega guacha", mote ofensivo que nunca hizo mella en su alma de escasa sensibilidad.

¿Experimentó alguna vez ansias amorosas?

Quizá; pero en todo caso fugitivas y desde mucho atrás anuladas, expulsadas de aquel cuerpecito, donde las fatigas cotidianas agotaron tempranamente los escasos encantos juveniles.

Sin embargo, el capricho del destino le tuvo reservado papel de protagonista en un drama emocionante.

Aquella tarde, al disponerse a regresar, ya en el gris del crepúsculo, terminada su tarea, fué bruscamente sorprendida por la aparición de un desconocido en el claro del lavadero.

—No se asuste, moza—díjole con voz suave y triste, el forastero;—no vengo p'hacerle mal, sino más bien pa pedirle ayuda.

Algo tranquilizada por la sincera afabilidad de aquella voz, Julia se atrevió a mirarlo. Era un mozo apuesto, de rostro casi lampiño y densamente pálido. Por debajo del ala del chambergo se advertía un pañuelo blanco, manchado de rojo, que le vendaba la frente, y otro pañuelo de seda blanco, que le cruzaba el pecho en bandolera, ofrecía también grandes máculas de sangre.

—Vengo mal herido—continuó diciendo;— y la polecía me persigue de cerca.... Ya no tengo

juerzas ni pa peliar ni pa juir.... Usté ha 'e cono-
cer en este monte algún lugar seguro donde refu-
giarme durante tres o cuatro días.... y si quisiese
ser güena....

Súbitamente se le llenaron los ojos de lágrimas
a la mansa "Borrega guacha".

—Sígame—respondió; y a través de estrecha
y tortuosa vereda lo condujo hasta un sitio del
bosque que parecía un cenador natural constru-
do con murallas de árboles colosos y disimulado
por lujuriente vegetación de zarzas y enredade-
ras: una verdadera cripta sobre el ras de la tie-
rra. Al pie de un guayabo centenario amarilleaba
la paja de un ranchejo de dos metros de largo
por uno de alto y otro de ancho.

—Aquí vivió seis meses el matrero Lucas Peña,
sin que pudiesen descubrirlo tres policías que lo
perseguían a pleito y que l'olfatiaban pu'acá
—dijo Julia, con la expresión más natural del
mundo....

.

Quince días habían transcurrido, y durante
ninguno de ellos le faltó a la "Borrega guacha"
algún pretexto para visitar al asilado, llevarle
alimentos y curarle las heridas.

Rápidamente se estableció entre ambos una
franca camaradería. El le contó sin recelos toda
su historia. Se llamaba Faustino Sierra, era

“guacho” como ella, había crecido sin afectos, sin dirección, sin amparo y después de mucho rodar, con poco amor al trabajo y menos aun a la subordinación, terminó por dedicarse al contrabando de haciendas. Varias veces su cuadrilla anduvo a los tiros con las policías, y en el último encuentro, mal herido y bajo una persecución tenaz, llegó a aquel paraje, donde la bondad y la discreción de Julia le permitieron abrigo seguro y medios de restablecerse rápidamente.

—¡Usté ha sido mi madrecita!—exclamó emocionado.—Y si quisiese ser más güena entuavía, sería mi novia, y al calor de nuestros cariños secaríamos las ropas que durante tuita la vida hemos llevao sobre el alma!....

—¡No diga esas cosas!—exclamó la Borrega con voz ahogada y con el rostro convertido en una ascua.

Y a poco:

—Aura que ya está juerte, vayasé y.... olvide sé de mí.

—Olvidarla, nunca. Vamonós juntos, matre riemos juntos, casemos nuestras tristezas, y d'ese casal nacerá la alegría!....

El hablaba con voz cálida, insinuante, sincera. Ella temblaba y sollozaba, repitiendo invariablemente:

—¡No! ¡no!.... ¡vayasé!....

Faustino la vió vencida. Bruscamente la es-

trechó entre sus brazos y le besó frenéticamente los labios.

Julia desfallecía ante aquella caricia, la primera recibida en la aridez de sus treinta años. El violento latir del corazón la ahogaba. Una cortina roja le nubló los ojos y la voz se apagó en su garganta.....

Serenado, Faustino explicó:

—Yo he conseguido un buen caballo y un apuro... Cuando cierre la noche y los viejos se hayan acostado, venite.... Yo soy baquiano y te garantizo que al amanecer estaremos del otro lado de la frontera.... ¿Vas a venir?...

—¡ Sí!—contestó ella, sin saber lo que decía, y escapó rápidamente hacia las casas.

Como autómatas, en completa inconsciencia de sus actos, hizo la cena, la sirvió, lavó el servicio, levantó la mesa y se retiró a su cuarto, todo con la misma regularidad de siempre, sin que ninguno hubiese advertido en ella algo anormal o insólito.

Encendió la vela, sentóse al borde de la cama y permaneció abismada, intentando vanamente un raciocinio que le permitiera orientarse en aquel tan obscuro y complicado trance de su hasta entonces simple y monótona existencia.

Largo tiempo permaneció así. Luego se puso de pie y sacó del baúl sus prendas domingueras, que fué extendiendo prolijamente sobre el lecho.

Luego se quitó la bata y la pollera, y tomando el peine fué a arreglarse frente al pedazo de espejo enclavado en el muro.

Se observó con pena. Encontróse fea y vieja. Ni su rostro ni su cuerpo podían ofrecer el menor aliciente al más benévolo de los amantes, y experimentando por primera vez el sentimiento de rebelión contra las injusticias del destino, rompió a llorar, y estrujando con rabia las prendas domingueras, las volvió de nuevo a la obscuridad del baúl.

Luego lloró, lloró por largo tiempo, regando con su llanto los pétalos de su única ilusión deshojada al nacer....

Cuando logró un poco de calma, tomó un pedazo de papel y un lápiz, y escribió en toscos caracteres:

“Vayasé. Vayasé solo, porque yo.... ¡yo no lo quiero !....”

Tornó a llorar copiosamente y al final salió, corrió, llegóse con sigilo al escondido potrill. A la entrada encontró el caballo de Faustino, ensillado, pronto para la partida. Con una espina de tala clavó la esquila en el cojinillo y se marchó con la misma premura, sin que Faustino hubiese tenido tiempo de advertir su presencia.

Y al día siguiente, la “Borrega guacha”, con el corazón sereno, con los ojos áridos, conformada, curada de aquella repentina cuan insensata

crisis emotiva, retornaba tranquilamente a sus rutinarias tareas de animal doméstico.

JAVIER DE VIANA

(*Mundo Argentino*. Buenos Aires.)

Del Uruguay es Javier de Viana. Autor de varias colecciones de admirables cuentos camperos: *Macachines*, *Leña Seca*, *Yuyos*.

“ Sí—dijo Carlyle ahora tiempos—la idea de un soldado testarudo, que obedezca ciegamente, que dispare aun contra su propio padre, a la voz de un oficial, es un gran refugio para las mentes aristocráticas.”

La misión del periodista, en caso de que haya una verdadera misión para los del oficio, tiene las apariencias de un sacerdocio, y una de las miserias con que el sacerdote ha de luchar ordinariamente es la que le hacen sufrir la indiferencia del público y la incapacidad orgánica de las multitudes para percibir las verdades de alcance remoto.

B. SANÍN CANO.

Era un perfecto alemán, un hombre que sólo ve el anverso de las cosas, nunca el reverso; un hombre de una sola tesis, sin antítesis, y por lo tanto, sin síntesis, que es lo que enriquece indefinidamente el espíritu del hombre.

LUIS ARAQUISTAIN.

EL HEROISMO.

UNA de las sorpresas consoladoras de esta guerra, es el heroísmo inesperado, y, por decirlo así, general que se revela de súbito en cuantos pueblos toman parte en ella. Créase de buena fe que el valor, la resistencia física y moral, la abnegación, el olvido de sí mismo, el renunciamiento a todo bienestar, la facultad de sacrificarse y de hacer cara a la muerte, no pertenecían sino a los pueblos más primitivos, menos felices, menos inteligentes, menos capacitados para razonar, para darse cuenta del peligro y representarse con la imaginación el espantoso abismo que separa a esta vida de la que no conocemos. Poco faltaba para que todos se persuadiesen de que las guerras se extinguirían alguna vez por falta de soldados, es decir, por falta de hombres bastante ciegos o desgraciados para aventurar, en provecho de una idea más o menos invisible, como todas las ideas, las únicas realidades incontestables que cada cual posee en el mundo, es decir, su salud, su bienestar, la integridad de su cuerpo

y, ante todo, su vida, que sobrepuja a cuanto existe. Tanto más natural era que se cediese a este razonamiento, cuanto que a medida que la existencia se hacía más dulce y los nervios más sensibles, los medios de destrucción en la guerra se iban afirmando más y más crueles, implacables e irresistibles. Parecía cada vez más verosímil que ningún hombre hubiera ya de soportar los horrores infernales de un campo de batalla, y que después de las primeras hecatombes, los ejércitos enemigos, oficiales y soldados, presa de pánico incoercible, huirían, volviéndose la espalda, en un espanto natural y simultáneo, de los azotes sobrehumanos que van aún más allá de las monstruosas previsiones de aquellos que los desencadenaron.

Y he aquí, con gran asombro nuestro, que es lo contrario lo que ocurre. Con estupor echamos de ver que, hasta nuestros días no teníamos más que una idea harto incompleta, harto inexacta, del valor del hombre. Lo considerábamos como virtud excepcional, y a medida que remontamos el curso de la historia, tanto más admirada cuanto más rara. Recordad, por ejemplo, a los antepasados de todos nuestros héroes: a los de Homero. Miradlos de

cerca. Ellos, que son los primeros profesionales, los primeros maestros de la bravura, que se la han enseñado a toda la antigüedad, cuyos modelos eran, no son muy valientes en el fondo. Tienen un saludable temor de los golpes y heridas y un miedo ingenuo y manifiesto a la muerte. Sus empeñados combates, declamatorios y decorativos ante todo, són harto poco sangrientos; hay en ellos más ruido que daño, y se habla más que se hiere. Las armas defensivas, y ello es característico, son muy superiores a las ofensivas, y la muerte es un acontecimiento insólito, imprevisto, casi inconveniente, que introduce la confusión en las filas, y con la mayor frecuencia para en seco el combate o determina un sálvese quien pueda, que parece perfectamente natural. Las heridas se cuentan, describen, cantan y deploran como fenómenos considerables. Son, en cambio, frecuentes las huídas menos confesables, los pánicos más vergonzosos, y el viejo poeta los refiere sin vituperarlos, como incidentes ordinarios, imputables a los dioses e inevitables en toda guerra.

Esta clase de valor es, poco más o menos, el de toda la antigüedad. Pero, sin pararnos en ello, sin detenernos más en las batallas de

la Edad Media y del Renacimiento, en que las peleas más encarnizadas de los "condottieri" no dejaban a menudo en el terreno más que media docena de víctimas, llegamos ya a las grandes guerras del Imperio. En ellas, el valor empieza a parecerse al nuestro; pero hay, sin embargo, diferencias notables. Primeramente, que se trata sólo de profesionales. No es la nación entera la que se bate; es una delegación, una selección guerrera, que se va extendiendo, es verdad, poco a poco; pero sin que nunca llegue, como hoy, a cuantos, de los diez y ocho a los cincuenta años, son capaces de sostener un arma. Después, y, sobre todo, que toda guerra se resolvía en dos o tres batallas, es decir, en dos o tres momentos culminantes, esfuerzos inmensos, pero de algunas horas, a lo más de un día, en que se polarizaban toda la energía, todo el heroísmo acumulado durante largas semanas o largos meses de preparación y de espera. Luego, con la victoria o la derrota, se acababa todo, venía la relajación, el descanso, la vuelta al hogar; no había que hacer frente al destino más que una vez; y sabido era que en el encuentro más espantoso había veinte o treinta probabilidades contra una, de escapar a la muerte.

* * *

Ahora todo ha cambiado, y aun la misma muerte no se parece ya a lo que era. Entonces se la veía de cara, se sabía de dónde venía, quién la enviaba. Tenía una forma que, terrible como era, seguía siendo humana. No eran desconocidos sus hábitos, sus prolongados sueños, sus breves vigias, sus días malos, sus horas de peligro. Ahora, a todos sus horrores, añade el espanto intolerable del misterio. Ya no tiene rostro, ni hábitos, ni sueño, ni reposo. Está siempre tensa, siempre en acecho, presente en todas partes, dispersa, inasible y densa, insinuante y cobarde, difusa, obsesionadora, innumerable; surge de todos los puntos del horizonte, emerge de la tierra y cae del Cielo, infatigable, inevitable y llena todo el espacio, llena todo el tiempo, durante días, semanas, meses, sin un minuto de interrupción, sin un segundo de remisión. El hombre camina, duerme, vive dentro de su red fatal. Sabe que el menor movimiento a la derecha o a la izquierda, el inclinar o levantar la cabeza, el encorvar o enderezar el busto, detiene y fija su mirada y su rayo. No había ejemplo de semejante preponderancia de las

fuerzas de la nada. Nadie había creído hasta aquí que los nervios del hombre pudieran resistir a tal prueba. Los nervios del hombre más valeroso están templados para hacer cara a la muerte en el espacio de un abrir y cerrar de ojos; pero no para vivir más que en la espera de la muerte. El heroísmo era una cumbre áspera y aguda que se alcanzaba un momento, pero que había que dejar en seguida, porque las cumbres no son habitables. Hoy es un llano sin límites, tan inhabitable como las cumbres, pero del que no se puede ya bajar. Así, en el momento mismo en que el hombre parecía más agotado, más sujeto a la molición del bienestar y de los vicios de la civilización, en el momento en que se sentía más feliz y parecía necesariamente más egoísta, en que con un mínimo de fe buscaba en vano un ideal nuevo y parecía menos capaz de sacrificarse por una idea cualquiera, se ve de pronto frente a un peligro sin precedente, ante el cual es seguro, o poco menos, que no hubieran resistido ni aun siquiera pensado en resistir los pueblos más heroicos de la Historia; y, en cambio, él, ni siquiera piensa que sea posible no resistir. Y no digáis que no tenía dónde escoger, que el peligro y la lucha eran inevi-

tables, que había que defenderse o morir estrangulado, y que en casos por el estilo ya no hay cobardes. Eso no es cierto: tenía, tuvo siempre, tiene aún donde escoger. No va en ello su vida, sino la idea que se forma del honor, de la felicidad, de los deberes de su vida. Para salvar la vida, no tenía más que ceder ante el enemigo; el invasor no le hubiera exterminado. A un pueblo grande no se le extermina, aun es imposible sojuzgarle seriamente y hacerle desgraciado por mucho tiempo. Sólo tenía que temer la vergüenza. Ni siquiera ha visto apuntar en el horizonte de sus temores más instintivos la tentación infame y ni aun sospecha que pueda existir; y, sean cualesquiera los sacrificios que le aguardan, nunca la echará de ver. No se trata, pues, de un heroísmo que sólo sería una manera de ir tirando de la desesperación, el heroísmo del animal acorralado que lucha ciegamente para retrasar en un segundo la llegada de la muerte. No; es el heroísmo libremente aceptado, deseado, aclamado, unánime, el heroísmo por una idea y por un sentimiento, es decir, el heroísmo en su forma más pura, más neta, más virgen, el sacrificio sin mezcla y sin segunda intención, por lo que se considera como deber para con-

sigo mismo, para con los suyos, para con la humanidad y lo porvenir. Si la vida y la ausencia de riesgo fuesen más preciosas que la idea de honor, de patria, de fidelidad a las tradiciones y a la raza, había, repito, y hay aún medio de escoger, y acaso jamás, en ninguna guerra, fué la elección más fácil, porque nunca los hombres se sintieron y estuvieron, en efecto, más libres para escoger.

Pero, ¿tenéis seguridad de que esta facultad de elección, que, como acabo de decir, ni siquiera ha osado asomar su sombra rastrera por los más bajos horizontes de las conciencias menos nobles, no se hubiera echado de ver o no se hubiese hablado de ella en otros tiempos que tenemos por mejores y más virtuosos que el nuestro? ¿Podréis hallar un pueblo, aun entre los mayores, que, en el curso de una guerra junto a la cual todas las demás guerras parecen juegos de niños, de una guerra que amenaza y agota su vida entera y cuanto posee, podréis hallar, digo, en la Historia, no ya un ejemplo—que no lo hay—sino alguna analogía que os consienta presumir que tal pueblo no hubiera flaqueado, no hubiera, por lo menos, aunque sólo hubiese sido un instante, bajado los ojos a una paz sin gloria?

*

Parecían, sin embargo, mucho más fuertes que nosotros, todos los que nos han precedido. Eran rudos, austeros, estaban más cerca de la naturaleza, eran pobres, y, a menudo, desgraciados. Tenían pensamientos más sencillos y más rígidos, estaban acostumbrados a los sufrimientos físicos, a las fatigas y a la muerte. Pero no creo que nadie osará sostener que hubieran hecho lo que hacen nuestros soldados, que hubieran soportado lo que vemos soportar en torno nuestro. ¿No tenemos, pues, derecho a deducir de ello que la civilización, al revés de lo que se temía, lejos de enervar, depravar, debilitar, disminuir, rebajar al hombre, le eleva, le purifica, le afirma, le ennoblece; le hace capaz de sacrificios, de generosidades, de actos de valor que no conocía? Es que la civilización, hasta cuando parece corromper, añade inteligencia; y que la inteligencia, en el día de la prueba, es altivez, nobleza, heroísmo en potencia. He aquí, como dije al empezar, la revelación inesperada y consoladora de esta horrible guerra; podemos contar definitivamente con el hombre, tener plena confianza en él y no temer ya que, si se

aleja de la brutalidad primitiva, pierda sus virtudes viriles. Cuanto más adelante va en la conquista de la naturaleza, tanto más parece apegarse a los bienes materiales, pero más aún, sin embargo, sin darse cuenta de ello, allá en el fondo, en lo mejor de sí mismo, se hace capaz de desprenderse de sí, de inmolarsse por la salud de todos, tanto mejor comprende que nada es si se compara con la vida eterna de sus muertos y de sus hijos. Tan grave era la prueba que, antes de la guerra actual, nadie hubiera osado mirarla de frente. El porvenir de la humanidad estaba en entredicho; y la magnífica respuesta que de todas partes nos llega viene a tranquilizarnos plenamente en cuanto al resultado de otras luchas más formidables, que, sin duda, nos esperan cuando no se trate ya de combatir con nuestros semejantes, sino de hacer cara a las fuerzas más crueles y más poderosas de los grandes enemigos misteriosos que la naturaleza tiene reservados en contra nuestra. Si es cierto, y lo creo así, que la humanidad vale lo que vale la suma de heroísmo virtual que en sí guarda, puede afirmarse que nunca fué más fuerte ni mejor, y que llega en este momento a uno de sus puntos culminantes, en donde puede

afrontarlo y esperarlo todo. De ello, por encima de nuestros pesares, tenemos derecho a felicitarnos y congratularnos.

MAURICIO MAETERLINCK.

Yo trato débilmente de hacerle ver que la libertad no es lo que se posee, sino lo que se busca; que no es la sumisión a ser gobernado, sino la aspiración a gobernarse; que es más libre quien se queja de no serlo o desea aumentar su libertad, que el que se tiene por bastante o excesivamente libre.

LUIS ARAQUISTAIN.

La inteligencia de un pueblo se mide, más bien, por su rapidez en la percepción. Un hombre inteligente es el que siempre se halla de vuelta ante las cosas. Un pueblo inteligente, no es el que hipoteca su opinión en manos de una casta, sino el que discute, deshace y rehace a todas horas sus proyectos.

JOSÉ SÁNCHEZ RÓJAS.

La tendencia burocrática, que se ha considerado la enfermedad de la América latina, ha penetrado la enseñanza, porque el profesor busca un empleo más o menos transitorio y el alumno piensa en ser mañana competidor de su profesor.

JUAN B. TERÁN.

A MI HIJA

*Flor de mi juventud, hija querida,
Alegre compañera de las horas
 Más dulces de mi vida,
¿En qué región del universo moras?*

*Te busco en mi horfandad y no te veo,
Te llamo y no respondes a mis cuitas,
 Y sorda a mi deseo
Ante mi pena cruel no resucitas.*

*¿No escuchas mis palabras, no te espanta
Lo horrendo del dolor que me devora,
 Hija amorosa y santa,
Ni ves al pobre mártir que te llora?*

*¿En dónde estás estrella luminosa
Perdida de la tumba en el arcano,
 Por qué la dolorosa
Senda no alumbras en que lloro en vano?*

*¿En dónde estás fragancia de mi huerto,
Incienso de mi altar, lumbre encendida
 En el templo hoy desierto
De mi brillante juventud florida?*

¿Por qué me dejas padecer la pena
Más honda y más cruel, sin que a mi llanto,
Idolatrada nena,
Respondas en la paz del camposanto?

¿Será posible que de ti no quede
Sino un poco de polvo ceniciento,
Que bajo el soplo leve
Se esparcirá del implacable viento?...

En medio de mi angustia me golpeo
La frente, en vano, por saber lo ignoto.
Por ver lo que no veo
Del sepulcral abismo en lo remoto.

La noche nos rodea, e impenetrable
Se interpone el Misterio en el camino.
Guardando el espantable
Enigma de la Vida y del Destino.

Pero mi Amor, más fuerte que la nada,
Y mi dolor, más grande que la muerte,
Hace hablar la callada
Tumba en que yace tu materia inerte.

Y si tu voz no escucho, hija querida,
Y si tu grata imagen no contemplo,
Cual vida de mi vida
Sobre mi propio espíritu te siento.

*En las horas sin luz de mi agonía
Gravitas de mi alma en lo profundo,
Y siento que eres mía
Y que sigues mis pasos en el mundo.*

*En mis noches de insomnio, cuando velo,
Bajo mi pesadumbre enloquecido,
Tú bajas desde el cielo
Hasta mi corazón adolorido!*

*Tú me sostienes en la lucha impía,
Y cuando cedo al fin, y desfallezco,
Hija del alma mía,
En tu recuerdo me repongo y crezco.*

*Yo sé que en el hogar estás presente,
Que junto a mí caminas sin ventura,
Y llenas nuestro ambiente
Con los efluvios de tu alma pura.*

*Yo sé que mi dolor no te es extraño,
Y que al cumplir la ley de tu destino,
Heridos por un rayo
Fuimos al mismo tiempo en el camino.*

*Yo sé que te he de hallar, que tú me esperas,
Prolongación eterna de mi vida,
Y que en otras riberas
Entre mis brazos te veré algún día...*

*Mas ¡ay! en la horfandad de tu cariño
No hay fe que me consuele poderosa,
Y lloro como un niño
Ante la amarga realidad odiosa!*

*Flor de mi juventud, hija querida,
Alegre compañera de las horas
Más dulces de mi vida,
¿En qué región del universo moras?*

Asunción, Julio 14 de 1915.

¡ MUERTA!

*Sobre mi pobre mesa de trabajo
Y a la luz de la lámpara
Que ilumina mis noches de vigilia,
Entre las cuatro tablas
De tu ataúd, tendida para siempre,
Te vi dormir callada
El sueño de la muerte, sempiterno,
El sueño que no acaba!*

*Rosa entreabierta, de perfume llena,
En la primer mañana
De una tranquila juventud dichosa,
Por la mano tronchada*

*De tu destino cruel, rodaste mustia
Y empapada en mis lágrimas,
Hasta el oscuro fondo de la tumba
Que tus despojos guarda!*

*Y eras de mi existencia la alegría,
Y en mis rudas batallas
Alentadora fuerza, fé constante,
Inmortal esperanza.
Bajo la sugestión de tu cariño,
Vibrante en tus palabras
Y en la acariciadora luz divina
De tu dulce mirada,
La dicha florecía en mi camino,
Y la perfidia humana
Se estrellaba a mis pies, sin conturbarme,
Impotente y huraña,
Mientras en otros mundos mis ensueños
Agitaban sus alas!*

*Oasis de paz y amor en el desierto
De nuestra vida amarga,
En ti descanso hallaba a mis fatigas,
Olvido a mis desgracias,
Consuelo a mi dolor o a mi tristeza
Cuando al hogar tornaba,
Tras la lucha diaria de que sale*

*En girones el alma,
Herido el corazón por la calumnia
De las gentes ingratas
Y por tanta maldad que nos acosa
Con inclemencia bárbara!*

*Aún tu presencia llena nuestro ambiente;
Aún llenas nuestra casa
Con los recuerdos, frescos todavía,
De tu risueña infancia.
Tu alcoba, saturada en tu perfume,
Parece que te aguarda,
Y tu mudo piano, entristecido,
Tu larga ausencia extraña.
En cada objeto que tocó tu mano
Parece que nos hablas,
Y tu nombre repiten por doquiera
Las aves y las plantas
De ese jardín en que cruzar aún vemos
Tu silueta blanca,
Y escuchamos los ecos que dejaron
Tus últimas pisadas!*

*Imposible creer que ya no existes,
Que ya no queda nada
De todo lo que fueras en el mundo,
Y entre las cuatro tablas*

*Duermas de tu ataúd el largo sueño,
El sueño que no acaba!*

*Y yo te contemplé sobre mi mesa,
Envuelta en tu mortaja,
Y puse un postrer beso al separarnos
Sobre tu frente helada.
Yo te seguí, rebelde a mi infortunio,
Cual pálido fantasma,
Y te dejé en la puerta misteriosa
De tu última morada.
Yo vi cómo las sombras de la tumba,
Sobre ti se cerraban,
Mientras velando al pie de tu sepulcro
La muerte se sentaba,
Para guardar lo que de ti allí queda:
Polvo, miseria, nada!*

JUAN E. O'LEARY

Asunción, Julio 20 de 1915.

Del Paraguay. De O'Leary dice Rubén Darío en alguna parte: "Ni hemos de omitir tampoco el nombre de quien ha sido calificado como el más brillante de los poetas nuevos del Paraguay: Juan E. O'Leary, periodista valiente y autor de libros evocadores.

Y yo creo y opino que el viaje a España—a pesar de la indiferencia, por no decir malquerencia con que aquí se nos acoge—debe ser complementario para la educación de todo americano.

R. BLANCO FOMBONA.

PAPELETAS A LA ALEMANA

UN discípulo mío que acaba de llegar de Madrid me ha contado un dicho muy significativo, y es que, hablando con un compañero suyo, que trabaja en uno de esos llamados seminarios de investigación científica, le dijo éste: “No sabes, chico, las ganas que tengo de que derroten de una vez a los alemanes!” “¿Y por qué?”— le preguntó mi discípulo. “Pues porque entonces— le contestó— podrían acabarse estas condenadas papeletas, en redactar las cuales, o en copiarlas, se nos va el tiempo. ¡Nos dicen que eso es trabajar... a la alemana!”

La anécdota, rigurosamente histórica, está llena de enseñanza, y nos presenta en escena a un joven español, muy español, es decir, según alguien creerá, muy indisciplinado.

Pero es que a esto cabe replicar aquello que dicen replicó el generalísimo Joffre a un oficial alemán, que le decía una vez que el soldado francés era, sí, excelente, pero que carecía de disciplina. “De la vuestra” replicó Joffre. Y así debemos replicar cuando se nos acuse de no tener disciplina. Pues mientras no sepan los que nos dirigen implantar una disciplina

a la española, y, sobre todo, que deje campo a la rebeldía y a la libre crítica, las disciplinas traducidas nos harán más indisciplinados cada vez. Y, sobre todo, la disciplina a la alemana. O a la turca.

Y francamente, la disciplina esa de las papeletas es un poquito fuerte. Figurémonos que a un estudiante de arquitectura que va a las obras de una gigantesca catedral a que el arquitecto director de éstas le inicie en su arte, le manda el talarquitecto que se ponga, cercha y pico en mano, a labrar piedras, y que al cabo de haber labrado diez o veinte o mil, se va sin haberse enterado de la traza general del monumento. ¿Creen ustedes, lectores, que este estudiante se conformará con que le echen un sermoncito sobre la utilidad de la especialización y que no debe descuidarse ni la más menuda piedra del edificio y otras andróminas y retóricas científicistas y metodológicas por el estilo?

Porque ¡sí, señor! hay una retórica metodológica, o si se quiere, una metodología retórica que no es menos retórica que la otra, que la tan injustamente desacreditada. El silogismo medieval y el teorema algébrico de hoy son tan figuras retóricas como la paradoja, pongo por caso. Y como aquella frase sacramental que suelen emplear los jesuitas en sus sermones cuando, después de una demostración, no quedan muy seguros de que el público quede convencido, y es que añaden: "Queda, pues, evidentemente demostrado,

etc.” Y los que no empleamos esta retórica lógica, sino otra, pasamos por unos arbitrarios y extravagantes paradojistas.

¡Qué se le va a hacer!

Y a propósito de jesuitas, me acuerdo de aquel que en una cátedra del Colegio de Deusto les decía a sus alumnos: “este argumento como tiene fuerza es en latín, ¡en latín!” ¡Estupendo! ¡Un argumento que prueba más en latín que puesto en castellano! Y hay así también argumentos que como tienen fuerza probatoria es en alemán. Lo que se aplica a las papeletas.

Mis lectores de Barcelona habrán oído hablar del hombre de las papeletas, que fue un catedrático de griego como yo, el Doctor Bararí. Y se murió sin haber publicado más que un libro de... ¡papeletas!

El hombre de las papeletas puede llegar a sufrir un sino tan terrible como el que suele sufrir el hombre del diario. Sabido es, en efecto, que el desgraciado que se pone a llevar un diario, acaba por hacerse el hombre del diario, y en vez de apuntar en él lo que se ha visto, oído, pensado, sentido o sufrido en el día, va a ver, oír, pensar, sentir o sufrir para el diario, y tanto sus penas como sus goces, se ven perturbados por la preocupación de lo que hará despúes de ellos en el diario.

Yo tengo desde hace años un amigo en Berlín que me preguntó una vez si guardaba sus cartas—que no son ni pocas ni cortas—, y ál

contestarle que sí, me pidió que se las enviase, y me las devolvió encuadernadas y con un índice de materias; ¡con un verdadero *Sachregister*! ¡Y así pasarán a la posteridad! Lo que no sé es si ha hecho encuadernar las que yo en varios años le he escrito — que tampoco son pocas ni cortas, pues he sido un epistológrafo formidable—, y si las ha provisto también de su correspondiente *Sachregister*, para que los futuros investigadores de mi obra y mi acción literarias puedan sacar de ellas paletas a la alemana.

Y es fácil que esos futuros investigadores— ¡oh, la investigación!, ¡*die Untersuchugn!*—de mi obra, cuenten cuántas veces empleo en mis cartas la palabra *amigo* o *arbol* o *trama* o *mentecato* o *ramplonería*, y establezcan cuidadosas estadísticas comparativas de mis giros en las cartas y en los artículos públicos... Porque esto del estudio estadístico del estilo es una cosa llena de porvenir. Estilista que no se basa en la estadística, es cosa al aire y sin fundamento. Mientras no lleguemos a poder pensar, medir y contar el estilo, a poder cubicarlo como se cubica la grava para el asiento de las carreteras, estamos perdidos. Es menester saber qué tanto por ciento de veces el ilustre López emplea el gerundio, y qué tanto de veces la oración con el relativo qué. ¡Todo lo demás es retórica!

No faltará lector que me diga que el estilo no es, en rigor, sino retórica. Bien; pero ¿dón-

de se ha visto que un retórico, por bueno que como tal sea, pueda hablar competentemente de la retórica, y más si habla de ella retóricamente? ¿Quién hace caso de la crítica poética que un poeta haga de otro? ¿Es que a un hombre, metodológico, verdaderamente metodológico, ocupado en sacar papeletas de Shakespeare, pueden convencerle los poéticos comentarios que del gran poeta dramático inglés hizo aquel otro gran poeta, también inglés, que se llamó Coleridge? ¿Es que los ensayos sobre Shakespeare, de este otro maravilloso soñador, pueden satisfacer a un investigador, lo que se dice un investigador, del gran dramaturgo?

La investigación es, ante todo y sobre todo, papeleteo a la alemana.

¿Que las papeletas hacen falta? ¿Y quién lo duda? ¡Como hace falta Alemania! Y lo reconocen los más radicales germanóforos, si pasión no les quita conocimiento. Hace falta Alemania y hacen falta las papeletas a la alemana, pero... Pero lo que dice el humorista norteamericano Oliver Wendell Holmes, hablando de los *hechos*—de aquellos hechos que recomendaba el inmortal Tomás Gradgrind de la novela de Dickens—, y es que no porque el pan sea bueno y sano y necesario y nutritivo, ha de permitirse que le metan a uno un mendrugo de él por la garganta cuando está hablando.

¡Y, además, las papeletas nos traen en Es-

paña tan melancólicas, tan tétricas asociaciones de ideas! La papeleta nuestra típica, castiza, tradicional, es la papeleta de empeño. Y al querer adoptar la papeleta a la alemana, investigativa, ¿no corremos el riesgo de que se nos convierta en otra papeleta de empeño más? Sobre todo, tratándose, como se trata, de una ciencia que tomamos a préstamo.

TECNICISMO Y FILOSOFIA

HE dejado pasar algún tiempo antes de hacerme cargo de ciertas protestas que provocó en algunos de mis mejores amigos y compañeros en la lucha por la cultura, mi artículo "Papeletas a la alemana", aparecido en este mismo semanario,* en su número del 5 de Diciembre pasado.

Parece ser mi sino esto de no ir mucho tiempo concorde del todo con un grupo cualquiera. Y es que soy rebelde a toda consigna. No comprendo que treinta hombres suscriban treinta artículos de fe. Ni menos que por disciplina de escuela haya uno de callarse ciertas cosas.

Me apena, por otra parte, la hiperestesia de que sufren aquí en España muchos, los mejo-

* *Nuevo Mundo* de Madrid, de donde hemos tomado ambos artículos.

res, contrastando con la anestesia de los más, del pueblo en general. Diríase que unos cuantos se sienten obligados a indignarse por lo que los demás no se indignan. Y como esos cuantos suelen ser los que más valen, creo que no estaría de más que templasen su indignación con algo de serenidad. O acaso con algo de humor.

El humor en ámbitos morales como el nuestro, hoy es un gran derivativo. Le impide a uno cocerse en su propia sangre enfebrecida. El humor es un desahogo. ¿Habría surgido acaso el *Quijote* sin el humor que templó la sangre espiritual de Cervantes?

Mas vengamos a lo que yo decía en aquella mi pecaminosa pequeña elucubración sobre eso de las papeletas a la alemana. ¿Las condenaba? No. Como no se me ha ocurrido nunca condenar ni aun la erudición—que es muy otra cosa que la filología—y eso que me es muy poco simpática. Mas creo que no sé poner la razón y la justicia sobre mis simpatías y antipatías. Porque no me conmueve la música, y hasta la tengo miedo como a la morfina, no se me ocurriría nunca suspender un concierto, aunque pudiese hacerlo.

Sí, las papeletas a la alemana y el tecnicismo filológico están bien, muy bien, pero...

Decíame José Ortega Gasset en una de nuestras conversaciones últimas que lo característico de la cultura alemana, de esa *Kultur* a que he hecho tantas veces blanco de mi

chanzas, no es precisamente el especialismo ni la técnica, sino la filosofía. Que cualquier especialista alemán, el más especificado, el más técnico y más tecnicista, lleva implícita una concepción total filosófica, lleva una filosofía, que o aprendió costosamente, o la ha absorbido, por así decirlo, en un ámbito intelectual filosófico. Y creo que tiene razón. Y que esa es la verdadera fuerza de la *Kultur*, piense uno lo que pensara del espíritu filosófico que la informa.

Sí, conozco obras alemanas muy específicas, muy técnicas, en que para nada se habla de principios generales filosóficos, en las que no hay metafísica expresa, y que están, sin embargo, henchidas de jugo metafísico. Más, mucho más que los libros que sobre filosofía aquí se escriben, y en los que, por lo común, no hay ni el más leve sentido filosófico.

Benedetto Croce, en el apéndice bibliográfico de su *Estética*, al juzgar la "Historia de las ideas estéticas en España", de nuestro Menéndez y Pelayo, escribe estas palabras: "Menéndez y Pelayo se inclina al idealismo metafísico; pero parece querer acoger algo de los otros sistemas, y hasta de las teorías empíricas; y la obra sufre, a nuestro parecer, de esta incertidumbre del punto de vista teórico del autor". Lo que me parece muy justo. Porque Menéndez y Pelayo no tuvo nunca una convicción filosófica, ni siquiera un sentido filosófico, siquiera escéptico o dialéctico. Todo

aquello del vivismo no pasaba de ser una fantasía entre literaria y patriótica. Y si no tuvo ese sentido no fué por diletantismo—el diletantismo es algo muy respetable—ni por literatismo; fué, creo, por cobardía espiritual. Tembló siempre de asomarse a la boca de ciertos abismos; se arredró ante ciertos problemas. Y así se daba el caso de que para él la música y hasta la religión, no parecía ser más que otro género literario y que escribiese sobre el misterio de la eucaristía como fuente de inspiración de los autos sacramentales en una prosa elocuente, sí, pero en la que se nota la falta de aquel calor íntimo que le comunicaría un creyente en la eucaristía que frecuentase el sacramento de la comunión.

Entre algunos de aquellos que se han dolido de mis chanzas a las papeletas a la alemana, es frecuente el hablar de la endeblesz íntima de la crítica de Menéndez y Pelayo. Y esta endeblesz no dependía de su técnica; dependía de aquella su incertidumbre de punto de vista filosófico. Aquella especie de escocesisimo a la catalana que salió de Barcelona, de Llorens y de Milá y Fontanals, aquella pseudo-filosofía a ras de tierra—en la que no cabe elevarse mucho más que se elevó Baltes, y fué bien poco—no bastaba para fundar una crítica sólida y fecunda. Era un sistema de escamotear los problemas.

Pues bien, a la nueva escuela crítica y filológica que ha sucedido a la de Menéndez y Pelayo

yo, derivada en gran parte de la de éste, díga-se lo que se quiera, puede ocurrirle, lo mismo y por la misma causa, por falta de certidumbre en el punto de vista filosófico. Y no sirve traer y adaptar las papeletas y la técnica de la investigación, de la *Untersuchung*, si no se trae o no se saca de dentro un criterio y un espíritu filosóficos, expresos y no sólo implícitos, que las informe.

Y no quiero decir nada de la otra erudición, de la de los comentaristas, más o menos ingeniosos y más o menos leídos, que no sólo carecen de formación filosófica, sino que la desdennan, o por lo menos temen meterse en honduras de donde presumen habrán de salir con jaqueca y con los pies hechos un puro sañaón. No, no pongo a estos bibliófilos al nivel de aquellos honrados investigadores.

Sí, le tengo miedo, le tengo mucho miedo a la técnica cuando viene sin raíces.

Es una escuela de humildad y de veracidad, lo sé. Pero me temo que se convierta en otra forma de jugar al tresillo o de hacer solitarios, en otra forma de pereza espiritual. En otra rutina.

He oído quejarse a alguno de los jóvenes sometidos a esa rigurosa disciplina. Y si le oyese a un novicio de una orden monástica quejarse de los ejercicios ascéticos a que se le somete, supondría que no tiene fe ni vocación alguna.

Y si esos jóvenes carecen de fe y de vocación para la ciencia, es ante todo y sobre todo

porque no se ha sabido mostrarles cuál es el paraíso a que la ciencia lleva, cuál es la finalidad de ésta, porque no se ha sabido darles filosofía. Nadie atraviesa con fe y resolución el desierto si no se le ha dado antes una visión de la tierra de promisión. Porque eso de encontrar placer en la investigación por la investigación misma, eso de deleitarse en la caza técnica de pequeñas verdades, eso es algo tan patológico como matar el tiempo haciendo solitarios con la baraja. Cuando no es un opio para matar profundas penas. Y esto no puede pedírsele a un joven.

En una novela cultural, *Amor y Pedagogía*, puse hace años en boca de un personaje de ficción la especie de que el fin del hombre es la ciencia, y el de la ciencia catalogar el universo para devolvérselo a Dios en orden. Si se nos hace creer que Dios nos pagará este trabajo, acaso ello baste para meter filosofía, y hasta religión, en el papeleteo técnico.

MIGUEL DE UNAMUNO.

La educación de un pueblo es algo más que idea, libros y conocimientos; es una actitud espiritual frente a los hechos de la vida, un sentimiento, frente a una disposición altruista de la voluntad, un amansamiento de la bestia trágica que suele a ratos poner todo el material de su cultura al servicio de una barbarie redíviva.

E. NESLON.

REPERTORIO BIBLIOGRÁFICO

COMO DEBE LEERSE EL QUIJOTE

TANTO se ha escrito sobre El Quijote, en lo que va de año, que bien fundadamente puede creerse que este libro apacible y deleitoso habrá tenido algunas docenas más de lectores de los habituales. Y con toda llaneza confieso que ése me parece el resultado más apetecible de todo este continuado rumor de plumas y discursos.

No vaya a presumirse que esto envuelve censura, ni asomo de censura siquiera, de la glorificación de este centenario. El entusiasmo tonifica y fortifica, sobre todo, si, como en este caso, el entusiasmo es genuino y legítimo. Soy cervantista de la antevíspera. Leí el Quijote de niño; y fué para mí manantial de risa y acicate de la fantasía. Dormí muchas noches con un viejo espadín debajo de la almohada, descabecé en sueños muchos endriagos, y encanté y desencanté no pocas Dulcineas. Lo leí de mancebo; y la poesía sutil de las cosas antiguas se levantó, como polvo de oro de las páginas del libro, para envolver en una atmósfera de encanto mi visión del mundo y de la vida. Lo he leído en la edad proveyta; y me parecía que una voz familiar y amiga, algo casca-

da por los años, me enseñaba sin acrimonia la resignación benévola con que debe nuestra mirada melancólica seguir la revuelta corriente de las vicisitudes humanas.

Pero es natural que, habiendo encontrado en esta lectura fuente siempre fresca y abundosa de impresiones acomodadas a la disposición de mi ánimo, desee a otros muchos el mismo refrigerio. De aquí que haya acabado por creer que la mejor manera de honrar al autor de *El Quijote* sea, no aumentar la secta de los cervantistas, sino acrecer el número de los lectores de Cervantes.

Esto implica, lo confieso, cierto temor de que se malogre ese justificado deseo; que no tengo por mío exclusivo, sino de todos los que a porfía elogian y encomian el peregrino libro. Y mi temor nace de dos clases de consideraciones.

Ha dado sobre *El Quijote* una legión de comentadores, intérpretes, levantadores de horóscopos, descifradores de enigmas y adivinos, que asombran por su número y desconciertan por la misma sutileza de sus invenciones. A fuerza de querer encontrar un sentido acomodaticio a las frases más sencillas, y una intención recóndita a los pasajes más claros, hacen sospechar a los desprevenidos que esa obra de verdadero y mero entretenimiento pueda ser un apocalipsis o un tratado de metafísica hegeliana.

A los familiarizados con el libro, este intento

de hermenéutica profana divierte o enoja, según los casos; pero no perjudica. Mas no es entre ellos donde se han de buscar los nuevos lectores. A éstos debe decirse y repetirse que El Quijote es uno de los libros más llanos que se han compuesto; claro como río sereno, y caudaloso de ideas, sin confusión; de estilo añejo, como el buen vino, pero no anticuado; que habla del tiempo viejo, pero no de un tiempo tan separado de nosotros que el alma de sus personajes nos parezca extraña y distante de la nuestra. Tantos ejércitos maravillosos describen esos exegetas, que el lector puede amilanarse, o encontrarse chasqueado, cuando se desvanezca toda esa fantasmagoría.

Otros han tomado por distinto atajo. De tal suerte extreman el elogio, que más parecen corifeos entonando un ditirambo, que escritores que recomiendan una exquisita obra del ingenio humano.

No les niego yo su perfecto derecho a sustituir las razones y aún la razón por perpétuos ¡ evohé ! ¡ evohé ! Cada cual expresa su delectación íntima a su manera; pero, desde el punto de vista en que me coloco aquí, temo que el efecto de sus desmesuradas hipérbolas sea contraproducente. Lo de desear son lectores sinceros, que vayan, sin prejuicio de *snobismo*, a apurar el contenido de esa rica copa en que escanciaron las gracias; y no individuos que se estén palpando y mirando

por dentro con susto, si por acaso no se encuentran, desde las primeras páginas, en un mundo de prodigios, y no se ven suspendidos, en cada capítulo, a la región de los encantamientos pregonados.

Hacen, sin quererlo, estos críticos, tan poco criticistas, el papel del ingenioso Chanfalla en *El Retablo de las Maravillas*. A fuerza de anunciar portentos, que ellos ven y manosean, parecen declarar memos y bolos a los que no miren por sus ojos y con su mismo ángulo visual. El pobre lector se azora, y aunque dice para sus mientes ¿si seré yo de esos?, proclama a voces que se cierne a dos dedos del empíreo. Ninguno de los confusos espectadores del retablo quería ser judaizante; y ninguno de los atortolados lectores quiere pasar por imbécil.

Aunque me acusen de algo sanchesco, prefiero para los que lean *El Quijote*, la disposición de espíritu del estudiante del cuento, que se solazaba tendido en mullido césped y reía a pedir de boca en los pasajes de risa. Ese de seguro no tenía entre las manos ningún *Quijote* comentado y puntualizado. Los que han leído la deliciosa fábula por esparcimiento, y la han celebrado con risa franca y sana, son los que luego la recuerdan con suave emoción y pueden descubrir la vena de plácida tristeza que va, casi a flor de tierra, serpeando por todo su contexto.

—“Mirad, escribano Pedro Capacho, decía el alcalde Benito, haced vos que me hablen a derechas, que yo entenderé a pie llano.” Cervantes escribió a derechas; no subamos en zancos a sus lectores.

ENRIQUE JOSE VARONA.

9 de mayo de 1905,

UN NOTABLE ESTUDIO DE V. GARCIA CALDERON

VENTURA García Calderón acaba de mostrarnos, de elegantísima manera, que el mejor crítico es el verdadero artista, y no el profesor artillado de sistemas, que toma de asalto las obras maestras e instala en el libre dominio del arte la tiranía de su método. En la actual y ya larga crisis de la crítica, en espera de un nuevo Taine, o mientras venga a sacudirla de su torpor algún brusco y magnífico Barbey d'Aurevilly, nos contentamos con glosas sutiles que prolongan la resonancia espiritual de la emoción, la sugestión o la belleza incluso en la obra a que acudimos. Era, no hay duda, airosa la arquitectura que levantaba ciertos principios directores, en forma que se creía capaz de dar ordenada y

NOTA.—Se refiere el Sr. Zaldumbide al estudio *La Literatura Peruana* (1535-1914), escrito recientemente por D. Ventura García Calderón. Dicho trabajo lo ha publicado “La Revue Hispanique” de París, y es la primera de una serie de historias literarias de los países de América, encomendadas a diversos escritores. La de Costa Rica ha sido encomendada a don José Fabio Garnier.

jerárquica cabida a todas las creaciones del espíritu. Al recorrer las colecciones clasificadas según su ley, hallábamos siempre, es cierto, obras o espíritus de excepción, que escapaban a la fórmula ingeniosa, y eran, quizá por eso, los más interesantes. Pero es evidente, por ejemplo, que las tres columnas del pórtico taineano daban al vasto edificio una majestad, un aire de cosa hecha para durar, de que carecen las finas y frágiles construcciones de esta época de interregno o de transición. La crítica actual sólo abunda, para deleite y afinamiento nuestro, en análisis tanto más delicados y precisos cuánto menos sujetos a plegarse a deformantes simetrías de conjunto. En ellos se dan suelta los libres dones de invención y de simpatía intelectual, la móvil curiosidad y el gusto de las peculiaridades individuales, el ardor de comprender por comprender.

Este don de simpatía para vivir en imaginación sensible vidas o almas ajenas, esta inteligencia de la íntima diversidad de los espíritus, esta vivacidad de intuición para columbrar, por un resquicio de historia literaria, el encanto o la tristeza, la singularidad de una época, V. García Calderón los posee en grado excepcional.

De ahí la vida de estas páginas suyas, ora pongan su fuego a caldear manuscritos ateridos de olvido, ora evoquen al vuelo, con magia ligera, gracias pretéritas del coloniaje, ornato profuso y

leve de una existencia por tantos otros respectos ahogada y pobre, ora sonrían de inocentes afanes de poesía, importados romanticismos o melancolías nativas.

La condensación forzosa de este género de resúmenes le ha obligado a darnos un "comprimido" de literatura peruana. No era del caso que desarrollase ahora, en grandes frescos, la historia suntuosa y vacua de la holganza limeña en el esplendor de la colonia; ni que hiciese a cada paso alarde de menuda y premiosa precisión de erudito. Rasgos vehementes, pequeños golpes de segura percusión, toques elípticos, repentinos, de un relieve sorprendente, van grabándose como netas incisiones de la imaginación que de suyo las amplifica hasta figurarse el medio, la época, el pergeño viviente de sus tipos. La historia, y su filosofía, y su trascendencia a la literatura, hallámoslas refundidas, sirviendo de fondo y sosteniendo el vigor de estos dibujos suscintos. Acaso se da, aquí o allá, al detalle pintoresco y al caso excepcional, un valor sintomático de la época algo exagerado, un color que se destaca demasiado sobre el gris muerto de la realidad restante: es lo que pasa al querer hacer cuadro significativo. Pero todos esos trazos acentúan con feliz intención el aspecto expresivo de la ciudad. Lima aparece así, mostrando en la viñeta galante, su fisonomía deliciosa de malicia y voluptuo-

sidad. La diseña con visible delectación. Ama a su Lima este parisiense,—sobre todo a su Lima del siglo XVIII—depurada en doble, exquisita nostalgia, en la ilusión del tiempo y de la distancia. Visión aguda, de artista, tal vez exacta, vívida siempre. Picaresca de inclinación, versallesca por los gustos suntuarios, por la policía de los hábitos cortesanos y la elegancia de sus liviandades; criolla por la envidia y la “lisura” de su natural, refleja todos sus aspectos en su varia literatura. “Limeña fué exclusivamente la literatura peruana,” dice García Calderón, pero añade: “Lima no es el Perú; algunos creen que es lo contrario del Perú.” Como quiera que sea, lo representa brillantemente: la provincia alucinada la imita, la sierra bravía ha abdicado de su hurañería y aspira a fundirse en la blanca metrópoli que disuelve antes que plasma. De las ciudades que España estableció en ultramar, la de los Reyes fué la mimada. Guarda con amor el lustre de su blasón colonial. Es en América el último—¿no fué el único?—residuo de aristocracia en el cundiente aplebeyamiento. Preserva del olvido, encerrada por su literato más nacional en la forma más ascendradamente limeña, la parte afectiva y consubstancial de sus tradiciones. Y persiste en la risueña villa el perfume de la gracia antigua. Mas no basta a consolar a su enamorado historiográfico de no haberla gozado en su siglo de oro.

Nos muestra con particular cuidado las correspondencias del espíritu de la ciudad arcaica con su literatura de circunloquios. Mas donde su regocijo toca al lirismo es al oír la risa de Caviedes. El encrespado culteranismo, yendo de par con el boato de las costumbres, había ahogado la espontaneidad nativa. Al cabo, a la manera de los *fabliaux* que se abrieron paso de suyo por entre los centones de la literatura heroica y caballeresca, surge, y refresca esta aridez, la alegría del viejo burlón. Es la vena nacional.

De verle a García Calderón tan entretenido en reír con ese malicioso, o prestando oído tan curioso a los cuentos de nodriza del viejo Palma, tan sutilmente intrigado, en fin, por la pícara osadía de la "tapada" y los donaires de sus taimadas de saya y manto, le creeríamos sensible únicamente a los halagos de esta Capua despreocupada. Pero: tope con un alma erguida o una noble causa, y héle ya férvido y serio.

Tal a su encuentro con González Prada: acaba de ceder una vez más a la seducción limeña de las "Tradiciones", a la charla deliciosa del "archivero sentimental", cuando pasa a "Horas de Lucha" y "Páginas Libres". El tono cambia, se eleva; contenido, no es sino más intenso: "Rencores de González Prada, que van dejando al desnudo las aristas del estilo y del alma, como el

ácido en el cobre de la agua fuerte ! Alentado por muchos, cuántas obras maestras hubiera escrito ! En cambio trabajó solitario y vejado, acorazándose en su arrogancia, que pudo sólo parecer sequedad agresiva a quienes no le vieron nunca en la intimidad mudar el rostro leonino para un urgente disimulo de lágrimas". Y es admirable la silueta que traza de aquel anciano, de cándida y fuerte belleza marmórea, que el escultor no necesitaría ennoblecer para hacerla digna del pedestal.

Es uno de sus más envidiables dones el de pasar, sin forzar su sinceridad, de la risa heiniana o tunante, o de la desmemoriada voluptuosidad, al entusiasmo decisivo, a la gravedad ardiente. Su sonora sensibilidad multiplica todos los ecos. Un libro, una voz, una sugestión cualquiera, y su lucidez impaciente, adivinatoria, galopa adelante, adelante. Ve la espiga inminente en el grano, discierne en seguida la pepita de oro entre la bruna escoria. Y así su cólera, certera y rápida, como su borbollante generosidad, sirven por igual al hombre y al escritor, dejando entrever en él, como quería Pascal, que el hombre sobrepasa al artista.

Espíritu de natural tan abierto y simpatizante, no desdeña en este breve recuento sino a los por demás tibios e insignificantes. Penetra con igual sinceridad en la intención de los que él

llama "poetas umbríos" como Buendía, y en la claridad centelleante de poetas meridianos como Chocano. A modo de aquel *Lunarejo* de quien hace tan vivo elogio, y que escribió un "Apológico" de Góngora sin contagiarse de gongorismo, García Calderón sonríe encantado por la enrevesada gracia de los culteranos y excusa sus flaquezas sin caer en ellas. Elegante actitud, la de defenderlas sin compartirlas.

Relativamente rica en tiempo de la colonia, la literatura peruana lo es también hoy en día. La generación de 1900 cuenta con un historiador del fuste y substancia de Riva-Agüero, que limita una fuerza capaz de cargar con los archivos del mundo entero a discernir y fundamentar los intereses vitales de su país; con un poeta como José Gálvez, abundante y fino, vasto en sus designios cuando la épica le tienta como hábil miniaturista cuando mira en torno, algo enternecido; con un pensador, escuchado, admirado ya en toda América, Francisco García Calderón. Un escrúpulo de extrema delicadeza le obliga al autor a mentar tan sólo el nombre de su hermano. Habría tenido que darle lugar eminente. Fué el iniciador del actual renuevo de la cultura, el que ha disciplinado a la europea el arte de pensar y de estudiar las cosas de América. Empapado en la más alta ideología contemporánea, atento a las más arduas sollicitaciones intelectua-

les, trabajado por un enorme afán de síntesis, nos ha dado ya obras de alto y sostenido vuelo. Le apremia una fuerza lúcida e inapaciguable, le sobra aliento: pronto nos dará obras mayores.

Tiene, en fin, un prosador de rara estirpe. Ventura García Calderón es uno de los más singulares escritores de América. En medio a la manía de extraviar que llaman modernismo los destrozadores del castellano en América, este innovador conserva una pureza escrupulosa. Su instintivo, aristocrático horror al lugar común, le aleja al mismo tiempo de la anarquía improvisada, de la arbitrariedad verbal. No consiente a su inteligencia actitudes flojas o desgarradas. Enhesta todos los desmayos de la perezosa condescendencia al menor esfuerzo. De ahí lo apretado de su prosa: a veces rechinan las junturas. Prosa cenceña, toda nervio e inteligencia, avezada a las sabias gimnasias del estilo, que queman las grasas inútiles: rípios, pleonasmos, redundancias. Prosa densa, tensa, bruñida, despide a ratos como una eléctrica crepitación. Tiende, por movimiento ya natural, a la elipsis; y ajusta su ceñida curva la precisión del epíteto sobrio y rico. Este no es aquí gala de quita y pon, sino el punto en que culmina y vibra la fuerza interna del pensamiento. Cualquier página suya da esta impresión de la maestría de un artista urgente muy dueño de sí: dueño de sí, no para moderar-

se o transigir, sino para soltarse por entero, sin perder la medida en el ritmo raudó. Las bellas frases pasan, enarcadas, reticentes, el ojo vivo.

GONZALO ZALDUMBIDE.*

París, diciembre de 1915.

(*El Fígaro*. Habana.)

“Llegará un día, decía Gambetta, en que la política, traída a su objeto verdadero y arrebatada como recurso a los mañosos y a los intrigantes; un día en que habiendo renunciado al uso de las maniobras desleales y pérfidas, al espíritu de corrupción, a toda esa estrategia de disimulación y se subterfugios, vendrá a ser lo que en efecto es necesario que sea, una ciencia moral, que exprese todas las relaciones entre los intereses, los hechos y las costumbres; llegará un día en que se impondrá así a los espíritus como a las conciencias y dictará las reglas del derecho a las sociedades humanas.” Esta es la noción moderna de la política, de las relaciones entre los hombres y los pueblos.

* Del Ecuador. “Uno de los más sutiles críticos de América, después de Rodó.”

LA BATALLA DE BLENHEIM*

AL caer de la tarde de verano, terminado el trabajo, el viejo Gaspar hallábase sentado al sol poniente, en la puerta de su choza, y cerca de él, en el césped, jugaba su nietecita Guillermina;

Vió ella que su hermano Pedrito rodaba por el suelo una cosa grande y redonda, que había encontrado jugando cerca del riachuelo; se acercó el niño a preguntar qué era éso que se había encontrado, tan grande, tan liso y tan redondo;

Gaspar lo tomó de las manos del muchacho, que aguardaba ansioso la respuesta; sacudió la cabeza el anciano y, dando un suspiro, dijo: “Es el cráneo de algún infeliz que cayó en la gran victoria;

Suelo encontrarlos en el jardín, porque hay muchos en estos lados, y a veces, cuando estoy arando, la reja los desentierra, porque

* Se dió esta batalla—una de las grandes batallas de la libertad—el 13 de agosto de 1704.

fueron muchos miles de hombres los que murieron en la gran victoria”;

“Pero cuéntanos de que se trataba —le grita Pedrito; y Guillermina lo mira con ojos llenos de asombro: cuéntanos de qué se trataba en la guerra y por qué se mataban los unos a los otros”;

“Fueron los ingleses quienes derrotaron a los franceses, pero por qué se mataban es cosa que no pude averiguar; empero todos decían entonces que había sido una gran victoria;

Mi padre vivía en Blenheim, allá junto al arroyuelo; quemaron su casa, la arrasaron por tierra y tuvo que salir huyendo; así, con su mujer y su hijo huyó, sin tener en donde recostar la cabeza;

A sangre y hierro devastaron todo el país por estas partes, y murieron muchas madres que estaban criando y muchos niños recién nacidos; pero por supuesto, que estas cosas tienen que suceder en toda gran victoria;

Dicen que era un espectáculo horrible el del campo, después de la victoria, porque había en él miles de cuerpos que se estaban pudriendo al sol; pero estas cosas naturalmente, tienen que suceder después de toda gran victoria;

Grandes alabanzas ganó el Duque de Marlborough y también nuestro buen Príncipe Eugenio." "¡Pero todo eso era una cosa muy perversa!"—dice Guillermina. "No, no, hijita, —contéstale Gaspar—fué una gran victoria."

"Y todos alababan al Duque que tan gran victoria había ganado." "Pero, ¿qué bien resultó de todo aquello?" preguntó Pedrito. "Eso no lo puedo yo decir, pero fué una gran victoria."

ROBERTO SOUTHEY.*

(Trad. de *Hispania*. Londres.)

Así para Mazzini como para Fichte, el primer problema era el de la salvación personal, el de la conciencia. Mazzini escribió LOS DEBERES DEL HOMBRE, no los deberes del ciudadano. Fichte expuso un sistema filosófico que se suele denominar, junto con los de Schelling y Hegel, idealismo absoluto, el cual consiste, empleando términos toscos y someros, en hacer del Yo centro y epítome del Universo.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

* Poeta laureado de Inglaterra (1774-1843.)

UN CANTOR DE RAZA

ENTRE las hojas secas que arrastra este
cierzo de guerra, ensombrecedor de nues-
tros días, recojo una, roja de sangre como tan-
tas otras. Lleva el nombre de un predilecto
de las musas, sin duda también, amado de los
Dioses, porque se lo llevaron en plena prima-
vera, apenas entreabiertas las rosas. Vagaba
por valles y collados, por urbes y por campos,
recogiendo el rumor de la naturaleza y de la
vida y modelándolo en estrofas, que soltaba al
viento, como abejas runrunantes y errabun-
das. Oyó la voz de guerra, y, como en todo
cantor de raza anida el luchador, acudió al
combate, el más austero de los poemas. Lo
llevó la suerte al viejo mar de Grecia, azul co-
mo el ensueño y rítmico al espíritu, con el
aleteo invisible de memorias luminosas en la
noche de los siglos. Como Byron, hubo de
morir bajo ese cielo, que arropó la cuna de
Apolo y de Minerva. Se llamaba Rupert
Brooke. La biografía que publicaron los dia-
rios, es de una aridez de arena calcinada, a

primera vista; leída a la luz de sus escasos versos, resplandece como acero incendiado por el sol. Dice:

"Nació en Rugby, Agosto 3, 1887.
Estudió en el King's College, 1913.
Teniente de Marina, Septiembre de 1914.
Expedición de Amberes, Octubre 1914.
Expedición al Mediterráneo, Febrero 1915.
Murió en el Egeo, Abril 1915."

Acaso aún en opbre prosa quede un eco remoto de la divina nota de su verso. Poco antes de su partida de Inglaterra, apareció un soneto, que, vertido al castellano dice:

"Tan sólo recordad esto de mí, si yo muriere: que allá, en algún extranjero campo, hay un rincón que por siempre jamás será como Inglaterra misma. Ese palmo de tierra enriquecida, ocultará una ceniza, más rica todavía; ceniza que de Inglaterra brotó, a la que Inglaterra modeló y le dió conciencia, y sus flores para que las amara y sus caminos para vagar por ellos, y un cuerpo que fué de ella, que respiró su atmósfera, que bañaron sus ríos y que sus patrics soles bendijeron.

"Y pensad que este corazón, libre al fin de todo ímpetu perverso ya vibración en la eterna Mente, no por ello, menos habrá de devolver en alguna región del infinito, los pensamientos de Inglaterra recibidos: sus aspectos y sonidos; sus sueños, tan felices como sus días; y el reir entre amigos aprendido; y la ternura de los corazones ingleses, en paz, bajo el cielo de Inglaterra."

Para conservadores y liberales españoles, el evangelio político está consignado en una escena capital de *EL ENFERMO IMAGINARIO*, de Molière. Recordad el coloquio entre Argan y su hermano Beraldo. "Pero, en fin, vengamos al hecho. ¿Qué hacer cuando se está enfermo?", pregunta Argan. "Nada, hermano mío", replica Beraldo. "¿Nada?", torna a preguntar, lleno de asombro, Argan. Beraldo, sosegadamente, con la frescura y la tranquilidad, con la frivolidad y la inconsciencia de un conservador o de un liberal españoles: "Nada. No se necesita más que permanecer en reposo. La naturaleza, ella misma, sin necesidad de nada, cuando la dejamos hacer, se libra dulcemente del desorden en que ha caído. Nuestra inquietud, nuestra impaciencia es lo que hacen que todo se eche a perder; casi todos los hombres mueren de sus remedios, no de sus enfermedades."

Beraldo es el vivo retrato de nuestros gobernantes. Miedo a las responsabilidades, miedo a la acción, miedo a las reformas, miedo al cambio, miedo al porvenir: he aquí toda nuestra mentalidad política. Dejemos que el país siga marchando él mismo; permanezcamos en reposo. Las dificultades se resolverán ellas mismas.

AZORÍN.